

La curiosidad del editor: Pere Gimferrer en Seix Barral y la reconstrucción del campo cultural en la España democrática

Eloi Grasset

University of California, Santa Barbara, USA

Abstract This article examines the transformations of the publishing industry in Spain over the past few decades, paying particular attention to Pere Gimferrer. His work has been crucial to understanding the evolution of the literary field since the Franco dictatorship. Drawing on his career as an editor at Seix Barral, the study analyzes how Gimferrer combined his advocacy of an avant-garde sensibility, exemplified by authors such as Octavio Paz and Rafael Alberti, with his early support for emerging voices, including Eduardo Mendoza and Antonio Muñoz Molina. The article posits that Gimferrer's most enduring legacy lies in his role as a cultural mediator and architect in democratic Spain, where his editorial intuition helped redefine the literary canon and establish new standards of legitimacy.

Keywords Pere Gimferrer. Seix Barral. Literary publishing. Avant-garde. Cultural field. Democratic transition.



Edizioni
Ca' Foscari



Submitted 2025-02-06

Published 2025-12-12

Open access

© 2025 Grasset | CC-BY 4.0



Citation Grasset, E. (2025). "La curiosidad del editor: Pere Gimferrer en Seix Barral y la reconstrucción del campo cultural en la España democrática". *Rassegna iberistica*, 48(124), 321-326.

DOI 10.30687/Ri/2037-6588/2025/25/007

No hace falta haber leído ninguno de los lucidos libros de André Schiffrin (2000; 2006) para darse cuenta de la radical transformación que ha sufrido, en las últimas décadas, el mundo de la edición. Muy a pesar de algunos editores literarios, la acumulación de sellos por parte de grandes grupos con intereses dentro y fuera de la industria cultural ha alentado el progresivo abandono del valor artesanal que hasta hace poco todavía tenía el trabajo de editor. Estos gigantescos conglomerados empresariales han cambiado para siempre el negocio de los libros al intentar compensar la pérdida de peso específico de la literatura dentro de la sociedad con una adecuación de sus productos a las exigencias del mercado. Así, mientras hace no tantos años los editores trataban de anticipar o dirigir los gustos futuros del público lector, ahora tan solo aspiran a confirmarlos. Entre otras muchas consecuencias, esa minimización del riesgo ha supuesto la liquidación de la intuición como criterio de selección y el sometimiento de la curiosidad al rigor irrevocable de las cuentas de resultados.

El nuevo papel asignado a la literatura, -arma que aspira ahora más a pacificar que a combatir-, entorpece el recuerdo de un tiempo no tan lejano en que las decisiones del mundo editorial respondían a otra lógica. No hace tantos años, la impredecibilidad del éxito comercial era la misma que hoy en día, pero la tarea de los editores estaba todavía cargada de una responsabilidad pública vinculada a la autoridad intelectual que se les había adjudicado. Esa asignación, en la que el juicio literario era una variable decisiva de la ecuación, iría desvaneciéndose progresivamente hasta acabar desapareciendo.

Para entender cómo se fue desarrollando el mundo de la edición en España durante los primeros veinticinco años de democracia, el preciso retrato que hizo Sergio Vila-Sanjuán en *Pasando página* (2003) sigue valiendo como termómetro fiable. Releído hoy, si hay algo que destaca como una constante del relato de esos primeros años de democracia en España es el valor que tenía la intuición de los editores para acertar a distinguir, entre tanto alboroto y entusiasmo, qué autores podían representar mejor el seguido de cambios de rumbo, frenazos y acelerones que se produjeron en la sociedad española durante ese tiempo.

Pasados los años, entre todas las figuras cruciales del mundo editorial que ayudaron a construir la nueva literatura de la democracia, el nombre de Pere Gimferrer ha quedado injustamente eclipsado. Debido, tal vez, a la dimensión legendaria que rápidamente alcanzó su figura dentro de las letras hispánicas, poca gente ha reparado en su importante labor editorial. Para refutar ese olvido, el conjunto de intervenciones desde el despacho de director literario de Seix Barral, cargo que lleva ocupando desde 1981, queda como una de sus más relevantes tareas dentro del campo cultural peninsular. A punto de cumplir ochenta años, Gimferrer sigue acudiendo puntualmente cada mañana a su despacho de la editorial. Verle todavía deambular con

aire distraído por los pasillos de la séptima planta del edificio Planeta en Barcelona guarda algo de resistencia indisciplinada y trae a la memoria un tiempo en el que el instinto de los editores era un bien escaso y cotizaba al alza.

Cuenta el propio Gimferrer que muy pronto comprendió que todo autor que no aspire a vivir de sus textos debe tener un segundo oficio que no se pueda confundir con la literatura, ya sea completamente ajeno a ella o relacionado con ella. En feliz sintonía con el caso de otros escritores convertidos en editores como T.S. Eliot, Cesare Pavese o Vittorio Sereni, Gimferrer encontró en el mundo de la edición una manera de incidir en la evolución de las modas literarias, sin perder de vista sus gustos más infrecuentes.

Para tasar adecuadamente su trayectoria como editor literario hay que evaluarla en relación con su itinerario de escritor. Empezando con *Arde el mar* (1966), breve poemario asociado para siempre más a la liberación de la literatura española respecto a cualquier tipo de compromiso colectivo, todas sus apuestas editoriales han aspirado a retener algo de ese valor fundacional y renovador. Su inclinación vocacional por una cultura libresca de alcance restringido le hizo pronto darse cuenta de que si quería participar en el devenir de la literatura su labor no podía quedar limitada a la escasa proyección de sus libros. Tanto la crítica literaria, que empezó a ejercer en 1963 en revistas como *El ciervo* o *Tarrasa Información*, como su incorporación a Seix Barral pocos años después, actuaron como resortes públicos con los que consiguió consolidar rápidamente su influencia. Llegando desde la marginalidad de la poesía, Gimferrer acumuló en muy poco tiempo una cantidad de poder suficiente como para incidir en la determinación y protección de los bienes que debían participar en la reconstrucción del campo cultural después de la dictadura. Que para 1985, con cuarenta años recién cumplidos, consiguiera sentarse en el sillón O mayúscula de la Academia, ocupando el lugar de Vicente Aleixandre, es una prueba incontestable del éxito de su propósito.

Confiado en su sensibilidad, apostó por leer con la vanguardia como principal criterio rector. La obstinación con que la defendió le llevaría, ya a finales de los sesenta y con poco más de veinte años, a formar parte del reputado ‘comité de sabios’ de Seix Barral cuando ésta todavía era la mejor atalaya para atisbar hacia dónde apuntaba la literatura del futuro. En ese momento, la editorial funcionaba casi únicamente siguiendo las opiniones ese equipo de escritores e intelectuales, y los análisis sobre las previsiones de ventas o el posible riesgo de los contratos quedaban habitualmente destronados por las acaloradas discusiones sobre el valor literario de los libros que se proponían. A lo largo de su existencia, de ese comité formaron parte nombres como Joan Petit, los hermanos Joan y Gabriel Ferrater, Antonio Vilanova, Josep Maria Castellet, Jaime Salinas, o Jaime Gil de Biedma, y algo más tarde jóvenes autores como Salvador Clotas, Félix

de Azúa o el propio Pere Gimferrer. Aunque ese grupo marcaría las directrices de la editorial literaria más importante en lengua española de la década de los sesenta, parte de ese liderazgo se apagaría en 1982 cuando, tras el derrumbe de Banca Catalana, el grupo Planeta se quedó con Seix Barral para intentar reflotarla. Muchos nombres cambiarían tras ese cambio, pero el conocido tacticismo de Gimferrer acabaría por asegurarle un papel decisivo también en la nueva época.

A pesar de su precocidad, Gimferrer entró en el mundo de la edición con una idea muy clara sobre cómo debía repensarse la cultura del país. Dos de los autores que insistió desde muy pronto en promocionar fueron Rafael Alberti y Octavio Paz, quienes, no por casualidad, habían aparecido algunos años atrás en el epígrafe de *Arde el mar*. Convocar esos nombres en su célebre poemario actualizaba el valor de una estética por entonces poco transitada pero que debía ayudar a recuperar la senda de la modernidad perdida durante los primeros años de la dictadura. Esa terca confianza en sus convicciones la mostró también en sus primeros tanteos como editor, cuando pidió conceder de nuevo a la vanguardia un papel central en la renovación de las tendencias literarias en España.

La firmeza con la que Gimferrer defendía sus juicios explica, por ejemplo, su importante papel de mediador para conseguir que, entre 1978 y 1979, Seix Barral editara diez volúmenes, todos ellos con portada de Antoni Tàpies, para reunir gran parte de la obra dispersa de Rafael Alberti. Ya en los ochenta, publicaría algún otro libro del poeta andaluz, como la segunda parte de sus memorias, *La arboleda perdida*. Ese empeño tributario fue también muy evidente en la reivindicación de Octavio Paz. La relación personal de amistad de Gimferrer con el autor mexicano venía de tiempo atrás, y acabó teniendo un peso decisivo tanto en la aparición del volumen *Poemas (1935-1975)* en Seix Barral, como en la integración definitiva del poeta al catálogo de la editorial, donde acabó publicando algunos de sus ensayos más importantes.

Además de su interés en proteger el pasado para asegurar la continuidad de la tradición, Gimferrer entendió que convenía dar espacio a nuevos nombres con los que apuntalar los cambios que estaba viviendo el país. Uno de sus primeros hallazgos fue el de Eduardo Mendoza, aunque lo cierto es que no tuvo que rastrear demasiado para dar con el autor. Fue de hecho Mendoza quien llamó a Gimferrer, a quien conocía del tiempo en que ambos frecuentaban la Facultad de Derecho en Barcelona, para pedirle si podía leer una novela que acababa de escribir. Poco después, en julio de 1973, se firmó el contrato de la que acabaría siendo una de las novelas más importantes de la transición. El efervescente éxito de *La verdad sobre el caso Savolta*, -publicada en la primavera del 75, la novela fue premio de la crítica en 1976-, anticipó parte de lo que se iba a

publicar en democracia y dio a conocer a uno de los autores más singulares y prolíficos de la nueva literatura española.

Si la aparición de Eduardo Mendoza supuso un hito en la promoción de la nueva generación de escritores, pocos años después llegaría otro de los descubrimientos por los que Gimferrer merece ser recordado. La historia de ese encuentro accidental con final feliz es tan insólita como célebre. Intrigado por una colección de artículos que alguien le había regalado al final de una conferencia dictada en Granada, Gimferrer quiso saber si el desconocido autor del volumen tenía por casualidad alguna novela inédita. De esa obstinada curiosidad surgiría *Beatus Ille* (1986), la primera novela de Antonio Muñoz Molina y precursora en el tratamiento de la guerra civil como material literario.

Mendoza y Muñoz Molina se convirtieron muy pronto en autores ineludibles de la literatura española de la democracia, aunque una lista completa de los descubrimientos de Gimferrer debería incluir muchos otros nombres. Entre los que hay que contar está el peruano Jaime Bayly, que publicó sus primeras estupendas novelas en Seix Barral, un joven y provocador Juan Manuel de Prada, o las contrataciones, al inicio de sus carreras, de autores cruciales de la literatura en español de las últimas décadas como Julio Llamazares, Isaac Rosa o Roberto Bolaño. De este último publicó, sin demasiado éxito, su antología ficticia *Literatura nazi en América* (1996) poco tiempo antes de que el autor chileno se convirtiera en el fenómeno editorial que acabó siendo con *Los detectives salvajes* (1998).

A pesar de los sobresaltos y cambios de estrategia comercial que ha sufrido Seix Barral a lo largo del último medio siglo, Gimferrer sigue ejerciendo todavía de reputado valedor literario de la misma editorial en la que empezó a colaborar. El prestigio que ha conseguido acumular su nombre explica, por ejemplo, que lleve más de veinte años formando parte del jurado del premio Planeta. A pesar de lo que pueda indicar la deriva incierta del galardón en los últimos años, que Gimferrer aparezca en las fotografías junto a los premiados no apunta solamente a la relajación y adocenamiento de su criterio. Como si de un espectro extemporáneo se tratara, su presencia sirve como signo de alerta ante todo aquello que descuidamos al sustituir el olfato del editor por el cálculo estricto de los riesgos comerciales.

En los últimos cincuenta años de la historia cultural de España pocas figuras han despuntado tanto y en tantos frentes distintos como lo ha hecho Pere Gimferrer. Probablemente, la parte de su legado que permanezca vivo durante más tiempo no sea su literatura, sino su papel crucial en la reconstrucción de las letras de la democracia. A fin de cuentas, y más allá de sus rarezas e insospechados egoísmos de los que habla Carlos Barral (2015) al trazar el perfil del personaje, sin su participación en el mundo de la edición, el relato canónico de la literatura peninsular sería muy distinto y estaría conformado

por otros nombres. Último representante de un tiempo en desuso que se evapora inexorablemente, la concesión del Premio Cervantes supondría el más justo reconocimiento público para distinguir la contribución fundamental de Pere Gimferrer al patrimonio cultural del país.

Bibliografía

- Barral, C. (2015). *Memorias*. Barcelona: Lumen.
- Gimferrer, P. (1966). *Arde el mar*. Barcelona: El Bardo.
- Schiffrin, A. (2000). *La edición sin editores*. Barcelona: Destino.
- Schiffrin, A. (2006). *El control de la palabra*. Barcelona: Anagrama.
- Vila-Sanjuán, S. (2003). *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*. Barcelona: Destino.